

Memorias inéditas de un soldado de la guerra de Cuba. Análisis y comentario

AGUSTÍN DIEZ PÉREZ

Profesor de Historia

Con ocasión del primer centenario de la pérdida de las últimas colonias españolas en América y el Pacífico a raíz de la Guerra Hispano-americana (lo que los historiadores conocen con el nombre de «Desastre del 98»), ofrecemos al conocimiento del lector unas curiosas memorias pertenecientes a uno de tantos veteranos de dicha guerra, natural de un pueblo de la comarca de la Jara.

Estas interesantísimas páginas salieron de la mano de Manuel Segovia Sánchez, vecino de Torrecilla de la Jara, pueblo de unos trescientos habitantes situado a 35 kilómetros al Sur de Talavera de la Reina. Su existencia nos fue comunicada por un nieto del autor, D. Honorio Segovia Yepes, quien nos proporcionó fotocopia de las mismas y a quien agradecemos encarecidamente permitiera su publicación, así como los datos que facilitó para la elaboración de este trabajo.

EL AUTOR Y SU ENTORNO SOCIAL

Los acontecimientos bélicos del período 1895-1898 cuentan con una rica y variada bibliografía, renovada con la celebración del primer centenario de los mismos¹. Dentro de ella, los memorialistas

tienen un lugar destacado, tanto por el lado cubano como por el español. Sin embargo, son muy raros de encontrar en ambos bandos testimonios de quienes hicieron la guerra dentro del personal de tropa, especialmente entre los españoles². De ahí el

1. Ofrecemos a continuación algunos títulos: por el lado cubano destacan los escritos de SERAFÍN ESPINOSA Y RAMOS, «*Al trote y sin estribos (recuerdos de la Guerra de la Independencia)*»; JOSÉ MIRO ARGENTER, «*Cuba: crónicas de la Guerra*»; EDUARDO LORES Y LLORENS, «*Relatos históricos de la Guerra del 95*», etc. Por el bando español, VALERIANO WEYLER Y NICOLAU, «*Mi mando en Cuba*»; FRANCISCO ARDERÍUS, «*La escuadra española en Santiago de Cuba. Diario de un testigo*»; JOSEP CONANGLIA I FONTANILLES, «*Memorias de mi juventud en Cuba*», entre otros muchos.

2. De esta clase de testimonios sólo pueden citarse un puñado de títulos, además del libro de Josep Conanglia, recientemente reeditado: GALINDO HERRERO, SANTIAGO, «*El 98 de los que fueron a la guerra*», publicado en los años 50, contiene una colección de cartas de veteranos con interés desigual y pocos datos aprovechables. El libro adolece también de un aire patrioter, propio de la época en que salió, que lastra su objetividad; FRANCOS, JUAN L., «*Muerte al Castilla. La guerra de Filipinas contada por sus protagonistas*», está basado en las memorias en verso de un veterano natural del pueblo de Horche (Guadalajara), y es, que se sepa, el trabajo que más se acerca a lo pretendido en estas páginas. Pero, sin duda, las mejores memorias son las de CORRAL, MANUEL, «*¡El Desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*», publicadas en 1899 e imprescindibles para conocer con absoluto rigor y objetividad el ambiente reinante en la tropa, las numerosas penalidades que sufrieron, y la gravísima corrupción administrativa y económica que contribuyó no poco a la pérdida de las colonias.

valor del documento dado a conocer en las páginas siguientes: en él no se ven apenas hechos de guerra, sino más bien la dura realidad del soldado español a finales del siglo XIX. Una realidad tan responsable de la traumática derrota del 98 como los grandes acontecimientos conocidos por todos.

A modo de ambientación, conviene previamente describir el contexto social en que se desarrolló la vida de Manuel Segovia. Situémonos, pues, en la comarca: la Jara; y situémonos en el pueblo: Torrecilla. A finales del siglo XIX era una zona rural casi sin industrializar y mal comunicada donde se distinguía una parte llana y cerealista: Jara Baja; y otra montañosa y ganadera: Jara Alta. El pueblo de Torrecilla pertenecía (y pertenece) a la primera y, en efecto, su terreno estaba ocupado en buena parte por monocultivo de cereal y legumbres, con algo de vid y olivo³. El ganado

núcleos principales (Torrecilla y el anejo de Retamoso) y uno secundario (La Fresneda), a los que deben añadirse algunos caseríos de labranza dispersos por todo el término. Predominaban labradores, jornaleros y pastores y había un pequeño grupo de artesanos y comerciantes.

La propiedad de la tierra estaba concentrada en unas pocas manos. Los mayores terratenientes no eran del pueblo, sino de Madrid, Toledo y Talavera en su mayoría. Ellos o sus antecesores se habían beneficiado de los procesos de desamortización habidos a lo largo del siglo, en especial del que en 1855 declaró enajenables los bienes de propios de los ayuntamientos. Los del concejo torrecillano comprendían las fincas más grandes del término, ahora en manos de dichos terratenientes, quedando los terrenos de tamaño medio y pequeño para propietarios más modestos o para las familias más ricas del lugar. Éstas, amén de conservar cierto poder económico, también detentaban el poder político local acaparando buena parte de los cargos del Ayuntamiento, bien como alcaldes, bien como concejales o jueces municipales.

¿Qué grupos políticos actuaban en Torrecilla a finales de siglo? Casi con exclusividad, los principales que se disputaban el poder en España a través del sistema de turno de partidos: los conservadores de Cánovas y los liberales de Sagasta, sin que los demás partidos de la Restauración fuesen capaces de rivalizar con ellos. Ambos tenían representantes locales en cada distrito electoral. Los que correspondían a Torrecilla eran, por el lado liberal, los hermanos Rufino y Ángel Mansi Bonilla, terratenientes del cercano lugar de Alcaudete. Julián Esteban Infante

3. A finales del siglo XIX las viñas sufrían ya la plaga de filoxera que destruyó buena parte de los viñedos españoles. El olivo, reducido a un puñado escaso de parcelas, aún tardaría unos años en extenderse por el municipio. Solamente había una pequeña zona hortícola, cerca de Espinoso del Rey, y algunos huertos de frutales, generalmente en las inmediaciones del pueblo.

predominante era ovino y caprino y en determinadas zonas pervivían ciertas labores de apicultura, completando el cuadro de actividades agropecuarias la caza y el aprovechamiento de los montes para pasto o carboneo. La industria quedaba reducida a unos pocos molinos harineros y a algunas tiendas de servicios básicos.

La estructura social del pueblo es fácil deducirla: en 1894, cuando Manuel comienza su servicio militar, tiene poco más de 800 habitantes, repartidos en dos

era, por su parte, el hombre del Partido Conservador y rival de los hermanos Mansi.

Estamos, en resumen, ante un personaje cuya vida se desarrolla en un entorno rural agrícola, mayoritario en la España de aquel tiempo⁴, con todos los problemas que se deducen de ello: reparto desigual de la riqueza terrateniente, maquinaria agrícola y técnicas de cultivo muy atrasadas, cosechas excesivamente dependientes de los cambios climáticos y de plagas difíciles de controlar con los medios disponibles (como la filoxera), más un aislamiento considerable, debido a las deficientes comunicaciones, que reducía la extensión del comercio a un ámbito local. Vida dura y rutinaria, donde las posibilidades de ascenso social eran sumamente escasas para buena parte de la población, sometida a contribuciones impagables y a los dictados de las oligarquías caciquiles. En definitiva, el caldo de cultivo adecuado para una serie de reivindicaciones sociales que tomarían cuerpo durante el primer tercio del siglo XX, pero que ya durante los últimos años del XIX estallaron en forma de protestas esporádicas, como las que tuvieron lugar en mayo de 1898.

Pasemos directamente al personaje: ¿Quién era Manuel Segovia Sánchez? Pocas noticias hemos podido recoger de él anteriores o posteriores a su servicio militar. Las memorias apenas recogen dos o tres, y el resto procede de informaciones que amablemente nos proporcionó su nieto, D. Honorio Segovia.

Manuel era labrador e hijo de labradores. Sus padres se llamaban Miguel Segovia y Manuela Sánchez. Miguel fue también secretario del ayuntamiento de



D. Antonio Maceo

4. Se calcula que en 1900 casi el 70% de la población española vivía en zonas rurales o se dedicaba a actividades propias de ese mundo.

Torrecilla. Parece que a su hijo no le gustaba demasiado el oficio de la tierra, por lo que prefirió estar de escribiente al lado del padre. Este es un dato muy importante si se tiene en cuenta que a finales de siglo sólo sabían leer y escribir en España entre el 35 y el 40% de la población, y algo menos en las zonas rurales, donde no era raro considerar más útil aprender los secretos de la agricultura o la ganadería que las enseñanzas de la escuela.

Indudablemente, la afición por las letras de Manuel sería anterior a su servicio

militar, ya que, según las memorias, su primer destino fue libretista y encargado de la documentación de la Dirección de la Enfermería de la Academia de Infantería de Toledo, cargo que implica cierta formación, por elemental que fuera entonces, y de la que carecían la inmensa mayoría de los reclutas en aquellos años. Manuel debió de aprovechar grandemente su servicio en Toledo ya que, una vez llegado a Cuba, tuvo la suerte de conseguir destino como encargado de Farmacia, y así pudo librarse de las penalidades sufridas por los soldados en campaña.

De todas maneras, es preciso puntualizar dicha suerte. Manuel no debió de ver mucha guerra: si nos fiamos de su relato, tan sólo fue testigo directo del bombardeo de Baracoa por los norteamericanos; pero soportó las malas condiciones de vida del ejército, agravadas por un clima insalubre al que la mayor parte de los soldados no estaban acostumbrados. Nuestro personaje no haría frente a los hombres de Maceo, Banderas o Máximo Gómez, pero tuvo que batallar contra la mala comida, los piojos, la falta de dinero por el retraso en el cobro de las nóminas, la fiebre amarilla y el hambre impuesta por el bloqueo norteamericano. Ni que decir tiene que de alguna forma u otra salió mejor parado que buena parte de sus compañeros. Al menos pudo regresar sano y salvo a su casa.

Peor que todo eso fue sin duda el trato que se concedió posteriormente a los veteranos de aquella guerra. Rápidamente embarcados hacia la Península, se aceleró su licenciamiento y los que pudieron regresar al pueblo o a la aldea sin ningún reconocimiento oficial a sus servicios, ni al

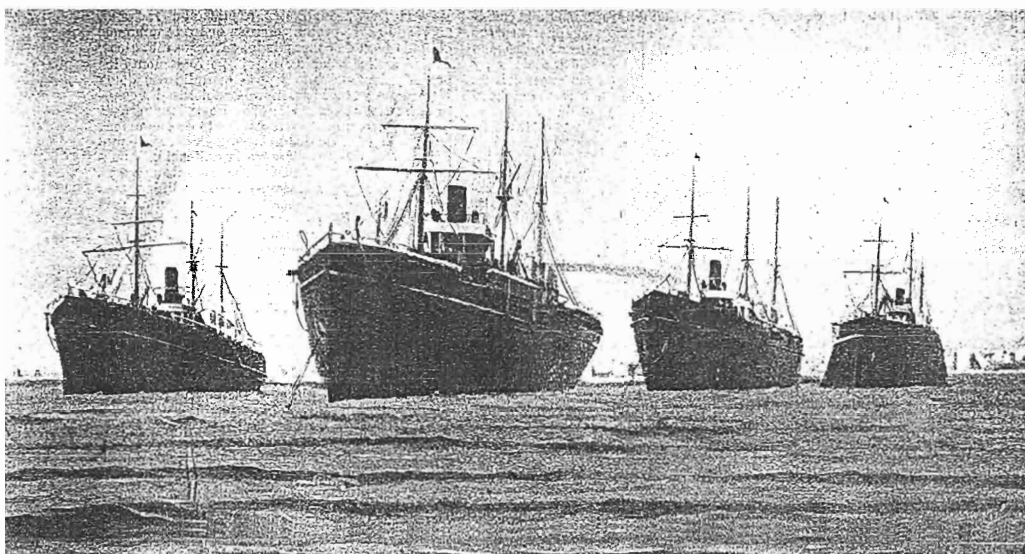
valor que demostraron ante el poderoso ejército *yanqui*. Lo más que obtuvieron fue alguna ayuda de las Diputaciones Provinciales, pues muchos regresaban inválidos por las fiebres o habían perdido en la Isla todo cuanto tenían. Otros, arañaron un ascenso que de poco les servía teniendo en cuenta que obtenerlo y licenciarse iba de seguida. Manuel fue uno de éstos últimos: terminó su servicio militar como cabo⁵.

Regresados al terruño, muchos veteranos (Manuel entre ellos) volvieron a las mismas rutinarias y difíciles vidas de antes, sin asomar apenas cambios en ellas. Estos fueron los más afortunados. No pocos, incapaces de regresar al hogar por circunstancias múltiples, se vieron obligados a malvivir en las ciudades, mendigando hasta para comer y totalmente ignorados por sus propios compatriotas, los mismos que cinco años atrás les habían aclamado en los desfiles como si de héroes se tratara.

CONTEXTO HISTÓRICO DE LAS MEMORIAS

Cronológicamente, las memorias de Manuel Segovia Sánchez comienzan el día en que es tallado en el ayuntamiento de Torrecilla en 1893 y finalizan con su licenciamiento, repatriación y regreso al pueblo a finales de 1898. La narración de acontecimientos no es continua, sino que se concentra en tres períodos: el primero va desde diciembre de 1893 a mayo de 1894; el segundo, cuando comienza su servicio en Cuba, de enero a septiembre de 1896; y el tercero, de abril a octubre de 1898. Entre medias, dos grandes saltos en el tiempo atribuibles sin duda a la falta de noticias o sucesos dignos de mención durante ambos períodos, llamando la atención en especial la inexistencia de noticias durante la

5. Así se dispone en el Boletín Oficial de la Provincia de Toledo (BOPT), del 1 de enero de 1899, p. 3.



Flota de la Compañía Transatlántica destinada a la repatriación de las tropas de Cuba (*La Ilustración Española y Americana* n° XXXI, 22-VIII-1898)

estancia en Cuba. Como se verá enseguida, dicha laguna tiene su explicación repasando el momento histórico en que Manuel comienza su aventura de Ultramar.

Nuestro personaje partió hacia Cuba el día 27 de febrero de 1896 y llegó a La Habana el 13 de marzo. La situación de la guerra en aquellos momentos era extremadamente complicada para las armas españolas. Las guerrillas mambises se habían extendido por toda la isla, recorriéndola en una dirección u otra, adueñándose de zonas rurales enteras, amenazando las principales poblaciones y sometiendo a La Habana a un estado de sitio permanente. Frente a ellos, cundía el desánimo entre los españoles, acosados por las partidas en los sitios más insospechados, mal pagados, mal alimentados, peor abastecidos y, por si fuera poco, diezmados a causa del clima y las enfermedades.

El Gobierno decidió entonces enviar a un militar con fama de duro como el general Weyler para acabar con la insurrección. Weyler llega a La Habana justo un mes antes que Manuel, y en carta que año y medio más tarde envía al ministro de la Guerra dice, entre otras cosas, lo siguiente: *“El pánico en las grandes poblaciones como Cienfuegos, Ságua, Cárdenas, Matanzas, Habana y Pinar del Río, se ve de manera clarísima sólo con leer los bandos de sus gobernadores militares, en cuyos bandos se señalaban puntos de reunión para sus defensores, y se indicaban los toques que habían de señalar la alarma (...) En el elemento español hallábase tan decaído y abatido el espíritu patriótico que a pesar de mi carácter dudé un momento poderlo levantar”*.⁶

6. GÓMEZ, FERNANDO: «La insurrección por dentro. apuntes para la Historia». La Habana, 1897, pp. XXV-XXVIII.

En apenas un mes, Weyler todavía está organizando el plan para acabar con los insurrectos. Por eso, cuando Manuel llega a La Habana, aún aquéllos dan muestras sobradas de su audacia, mientras los españoles protagonizan algunos episodios vergonzosos, como los sucesos de El Cano, que las memorias mencionan. La prensa de aquellos días daba cuenta de numerosos incendios de ingenios (almacenes y fábricas de azúcar), ataques a poblados y sabotajes contra líneas férreas, mientras los principales caudillos de la rebelión marchaban por las provincias de Pinar del Río, Matanzas o Ciego de Avila, sosteniendo de día en día breves pero intensos combates cuyo número e imprevisibilidad minaban aún más la ya baja moral de la soldadesca.

Sin embargo, en cuestión de medio año, Weyler logra dar la vuelta a la situación, y los rebeldes comenzaron a pasar serias dificultades, ya que les era imposible abastecerse sobre el terreno gracias a la impopular política de reconcentración que ordenó el capitán general. No pasaron más que seis meses cuando éste volvía a escribir: *“Desde Pinar del Río a la Trocha de Júcaro no quedan en el campo más que grupos sin cohesión ni medios de resistir largo tiempo; acentuándose más de día en día la desmoralización entre los rebeldes, como lo demuestra el estado en que se presentan a indulto, la forma en que lo hacen, viniendo a los poblados no individuos aislados como venían antes, sino por grupos con sus jefes naturales (...) El país en general se rehace, y tengo el propósito de que a la par que dedique mi atención a las operaciones de Oriente, quede recons-*

*truido en lo posible el país en Occidente, donde ya circulan los trenes por todas las vías sin interrupción”*⁷.

Aquí está, pues, una parte de la explicación a la laguna mencionada antes: en la parte occidental de la Isla, la rebelión estaba controlada y sobrevivía en condiciones terribles. ¿Qué sucedía mientras en la parte oriental, donde se hallaba Manuel? Todo lo contrario: allí reinaba la misma relativa tranquilidad, pero esta vez porque casi toda la región estaba en manos de los insurrectos, que se movían por ella a su antojo con la ayuda de la población. Los españoles, concentrados en la trocha de Mariel y en las ciudades de la costa, apenas chocaban con ellos, y éstos, seguros de su dominio, vivían allí como si no hubiera guerra. Hasta tal punto que el jefe rebelde Calixto García comentaba en estos términos la situación al que luego sería primer presidente de Cuba, Tomás Estrada, entonces exiliado en Estados Unidos: *“Nos hemos convertido en majases [holgazanes], y si esto sigue me voy para allí a bregar con usted, pues más peligro hay en Broadway que aquí”*.

Semejante estado de cosas se acentuó por la destitución de Weyler antes de que le diese tiempo a aplicar sus métodos a Oriente, y su sustitución por el general Blanco, de talante más dialogador, en octubre de 1897. Los logros de Blanco, una tregua con los rebeldes y la concesión de un gobierno autónomo a Cuba, permiten explicar también la falta de noticias existente en las memorias hasta el estallido de la guerra con Estados Unidos.

Guerra que, por cierto, apenas ocupa un muy corto espacio en el relato de Manuel, y ello también merece comentarse: Baracoa (su lugar de destino durante los

7. GÓMEZ, FERNANDO, op. cit., pp. XXX-XXXII.

dos años que pasó de servicio en Cuba) era un puerto de cierta importancia estratégica, pero contaba con defensas más bien exiguas y una reducida guarnición. Lo más lógico era aislarla del resto de la Isla del modo que cuenta nuestro personaje (por tierra con insurrectos, ayudados por la difícil orografía que rodea la población, y por mar con barcos de la Armada americana), mientras el grueso del ejército cubano-americano se concentraba en plazas más importantes, como Santiago, cuya caída resultaba decisiva para precipitar el fin de la contienda.

Así pues, no es extraño que el relato del conflicto entre España y Estados Unidos sea en esta ocasión meramente local. Añádase que la eficacia del bloqueo debió de ser tal que los defensores casi no recibían noticias del exterior. Con bastante probabilidad Manuel y sus compañeros no supieron nada de la destrucción de la escuadra española en Santiago, ni del asedio de La Habana. Incluso la noticia de la rendición de Santiago no fue conocida en Baracoa hasta un mes más tarde. Para cuando los americanos tomaron la ciudad, comer todos los días y las ganas de volver a casa pesaban en el alma de la soldadesca mucho más que preocuparse de estar informado de todo lo que había sucedido y de los planes que el ejército ocupante tenía para la Isla.

EL MANUSCRITO

Las memorias de Manuel Segovia Sánchez constan de once páginas sueltas del tamaño de medio folio, escritas con letra clara y redonda, perfectamente legible. En ninguna parte aparecen enmiendas, ni tachaduras.



D. Quintín Banderas

El texto aparece condensado en cinco párrafos, dos muy breves y los otros tres bastante largos. Se ha optado por respetar la extensión de los mismos en su integridad, así como la ortografía, puntuación y uso de abreviaturas. En general, está bien elaborado y con escasos errores de pluma.

La cronología, debidamente comparada con noticias de prensa de la época, ha resultado ser en general sorprendentemente exacta para un texto que debió de ser escrito algún tiempo después de los acontecimientos que narra, quizá unos años más tarde. Hay pequeñas confusiones que comentaremos, concentradas sobre todo en el último párrafo, que en absoluto empañan la extraordinaria memoria de que hace gala el autor en todo momento.

El tono general del texto está en el extremo opuesto de la grandilocuencia heroica que caracteriza a buena parte de los memorialistas de la guerra de 1895-1898, en especial a los del lado cubano, que, si bien no ocultan los horrores padecidos, se distinguen en general por unos escritos cuajados de elevado idealismo patriótico. Otra clase de patriotismo, consecuente con su condición de derrotados, pero patriotismo al fin y al cabo, caracteriza a los memorialistas españoles, sobre todo si quien escribe es un jefe u oficial. Muy a menudo aprovechan para incurrir en el panegírico, en ocasiones ridículo, de hechos nada gloriosos, cuando no adoptan el papel de arbitristas, plasmando soluciones tardías a un desastre ya consumado.

Manuel, en cambio, no puede elogiar, porque lo que describe no tiene nada de heroico. Tampoco se pierde en soluciones al desastre, porque no es ni político, ni militar. Tan sólo un labrador anónimo que hace memoria del pasado. Debido a ello, opta por un estilo realista, sobrio y directo. Se limita a describir lo que vivió con pocos, pero significativos detalles, sin pararse apenas en juicios o análisis. No por ello carece el relato de una valoración personal negativa del conflicto, que puede entreverse en determinadas frases: desde el *"...desgraciadamente por siete números me tocó ser Soldado para España"* del principio, hasta la desesperación con que, a su llegada a Vigo, dice recibió la noticia de que aún se iba a retrasar su licenciamiento unos días por la necesidad de sanitarios para atender a los repatriados enfermos.

Otros rasgos característicos importantes del relato son las irónicas descripciones y juicios que Manuel hace de las condiciones de vida que debió soportar, en

especial durante su estancia en Cádiz y el viaje a Cuba: a la primera la califica de "cautiverio", y al segundo como una sucesión de "calamidades". Los sardónicos dardos del autor recaen principalmente sobre la mala comida (garbanzos *"...como las piedras"*, café *"...agua de castañas"*), las plagas de piojos y los incómodos alojamientos (su primera noche en Cuba descansó *"...divinamente encima de las tablas"*), y al extenderse en ellos refuerzan el juicio negativo que al autor le merece el conflicto vivido.

A tales desdichas, comunes a la inmensa mayoría del ejército español, tanto en Cuba como en la Península, añade el manuscrito otras dos: el retraso en las pagas a los soldados y la permanente amenaza del terrible *vómito* o de la fiebre amarilla. El primero sumía al soldado en tal estado de pobreza, que debía recurrir a las picarescas más increíbles incluso para poder comer un trozo de pan. Peor era la fiebre, mal endémico en la Isla, que causó a los dos bandos crueles estragos, pero más aún en el de los españoles por ser la mayoría de los reclutas de procedencia peninsular y no estar, debido a ello, adaptados al clima.

Finalmente, debe destacarse la escasez de hechos netamente históricos que aparecen en el texto. En síntesis, se reducen a los siguientes: Incidente de El Cano entre los batallones de San Quintín y Llerena (14 de marzo de 1896); Bombardeo de Baracoa por el crucero norteamericano Annapolis (15 de julio de 1898); Rendición de la plaza de Baracoa a las fuerzas del ejército de Estados Unidos (agosto de 1898); Evacuación y repatriación de los soldados españoles destinados en Baracoa (septiembre-octubre de 1898).

TEXTO DE LAS MEMORIAS*

“El día 12 de Febrero de 1893 me tallaron en el Ayuntamiento de Torrecilla teniendo 1 metro sesenta y cinco centímetros y no exponiendo protesta alguna me declararon Soldado sorteable¹.

En 23 de Diciembre sorteé en Toledo, obteniendo el número 511 de 1302 que sorteamos, vino el Cupo en el que pedían 518 y desgraciadamente por siete números me tocó ser Soldado para España²; estube en casa hasta el día 5 de Marzo de 1894 que salí de ella á las 5 de la mañana en compañía de mi padre para la Capital (Toledo) donde ingresé en Caja el día 7 del mismo mes y año. Me escojieron para el Cuerpo de Sanidad Militar y el día 9 en el tren de las cuatro de la tarde salí con dirección á Madrid llegando á las nueve de la noche al Hospital Militar; al siguiente día me vacunaron dándome una Calentura que me duró veinte y cuatro horas; el día 16 me dieron el equipo de Sanitario, el 17 me destinaron á la Sala 7^a (Comprobación) con el cargo de libretista, en el mismo día empecé ha aprender la instrucción hasta el día 31 del mismo mes que me dieron de alta. El 1^o de Abril juré la bandera. En dicha sala estube á las ordenes del Médico Mayor D. Juan Pellicer y del Sargento Eduardo Culebras hasta el 25 de Mayo que fuí destinado á la Enfermería de la Academia de Infantería de Toledo, saliendo el mismo día para dicha Capital llegando á las ocho de la noche y al día siguiente me presenté al 1er. Teniente encargado de dicha Enfermería D. Juan Durán, dándome enseguida el Cargo de libretista y al frente de la documentación de la Dirección; en esta situación me mantuve hasta el 29 de enero de 1896, que por sorteo celebrado el 27 de Diciembre del año anterior la Brigada Sanitaria, me correspondió marchar á la Isla de Cuba³; en dicho día 29 de Enero salí para Madrid ha entregar la ropa teniendo que estar en esta Capital hasta el día 1^o de Febrero, este día á las cinco salí del Hospital para la estación del Mediodía y á las siete monté en el Trén que iba á Cádiz, donde llegué al día siguiente á las doce de la mañana (aquí empiezan mis calamidades) me apeé en la estación sin saber que dirección tomar, hasta tanto que se acercó un chico á mí diciéndome si quería me enseñara al Depósito de Ultramar o sea donde se encontraban mis compañeros, á lo que le contesté que sí; al entrar en dicho edificio cuál fue mi sorpresa al hallarme solo entre tantos hombres sin conocer á ninguno, pasé al dormitorio de los Sanitarios; éste se componía de una habitación larga y estrecha con cien jergones de espartos ó sean las Camas necesarias para los Sanitarios que en él había; á las 5 de la tarde tocaron á rancho y bajando por mi ración que se componía de dos docenas de garbanzos próximamente blandos (como las piedras) y cuatro ó seis cajas de patatas⁴; á las ocho de la noche pasamos lista y á dormir en la Cama que ya dejo dura, o sea un jergón de esparto, una almohada de ítem y una manta de paño pardo y ésta al que le tocaba; la mayor parte de la noche me la pasé sin poder reconciliar el sueño á causa de una picazón insufrible en todo mi Cuerpo; por la mañana siguiente me desnudé encontrándome una Capa de piojos innumerable⁵, estube en este cautiverio (que así se puede llamar) has (sic) el día 27 del mismo mes que por la mañana me dieron una manta y dos pesetas tomando el Camino del muelle, donde embarqué en el Vapor Sto. Domingo y á las tres de la tarde emprendió su marcha el referido Vapor⁶, como media hora después me dio el mareo teniendo necesidad de meterme en la bodega y echarme en el Camarote, allí estube cuatro días sin probar ni comida ni bebida alguna por no tener quién me lo

*Nota editorial: Las citas de este apartado van al final del artículo.

llevara, así que no me quedó otro remedio más que levantarme que apenas podía tenerme pues de lo contrario me hubiera muerto de necesidad. El día 4 de Marzo se levantó un temporal perverso creyendo perecer todos, el cual duró hasta el día 7, pero Dios estuvo á la mira nuestra, este día apareció el mar tranquilo y sereno.

El día 10 llegamos á Puerto Rico, donde ancló el Vapor ocho horas y enseguida se volvió á poner en marcha para la Habana⁷; durante la travesía las ocupaciones más precisas que uno tenía era espulgarse la ropa y matar piojos. El trato que nos daban era regular, por la mañana á las siete Café bueno (Agua de castañas) á las diez de la misma un barreño de garbanzos, judías, macarrones y carne hecho ésto á vapor, así que con sólo el olor era suficiente para atontarse y por la tarde á las 5 la misma comida, además nos daban tres panes para cada Comida de diez onzas y una botija de hoja de lata como de dos cuartillos de vino tinto artificial que una sola copa era suficiente para ponerse loco, toda esta abundancia de comida y bebida para diez, de forma que quedábamos bien satisfechos⁸. Después de esta multitud de calamidades llegamos el día 13 por la tarde á la Bahía de la Habana desembarcando aquella noche, llevándonos á un local llamado los almacenes de Regla donde descansamos divinamente encima de las tablas⁹; al siguiente día por la mañana temprano se presentó por nosotros un Capitán de Sanidad Militar y nos condujo al Hospital; á la entrada nos obsequiaron con Ron, Caña y buenos tabacos, enseguida nos dieron ropa nueva y limpia de todas clases, haciéndonos tirar toda la que llevábamos y enseguida nos limpiamos de aquella maldita plaga que llevábamos encima; al siguiente día el desayuno que tuve fue ir á la Estación de Concha á conducir al Hospital treinta y dos heridos de un fuego que habían sostenido el Batallón de Llerena y el de Sn. Quintín por equivocación ó sea que el Batallón de Llerena cuando dieron el alto contestaron «Sn. Quintín» y figurando sería la partida de Quintín Banderas, hicieron fuegos unos y otros, durando éste hasta venir la aurora que se conocieron¹⁰.

El día 20 del mismo mes y año salí de esta Capital (Habana) para Baracoa provincia de Santiago de Cuba, dándome tres pesos de auxilio de marcha los mismos que entre varias prendas que compré que me hacían falta y comer durante el viaje se me concluyeron; el día 24 por la mañana llegué á dicho pueblo¹¹, dándome el destino de topiquero por la escasez de Sanitarios y el número de enfermos tan considerable que había, hasta el mes de Junio que nos mandaron la paga de una mensualidad pasé una crisis monetaria bastante regular, teniendo que lavarme la ropa y cosérmela por no tener para pagar lavandera, después con el haber de dicha mensualidad (nueve pesos) me arreglé no volviéndome á faltar dinero¹².

El 21 de Julio caí enfermo con el vómito (Fiebre Amarilla) y hasta el 6 de Agosto no pude levantarme de la Cama, todo este mes me lo llevé de convalecencia¹³, una vez restablecido por completo ó sea desde el 1° de Septiembre fuí destinado á la Farmacia, desde esta época hasta el 22 de Abril de 1898 estuve perfectísimamente por todos conceptos, pero este día nos Bloquearon por mar y por tierra, tanto que no podíamos salir á las afueras del pueblo, pues por mar rodeados de Buques de Guerra ¿No[r]te? americanos y por tierra de insurrectos¹⁴, en esta situación estuvimos hasta el quince de Julio que se nos presentó á la vista un Buque de Guerra americano con dos cañones por banda y uno á proa y otro á popa y dos ametralladoras, el cual se puso á desembarcar como á media milla de la costa y en vista de esto con un cañón que había en la Plaza (única defensa) que tenía el pueblo, mandó el Comandante Mar. [Militar] al Sargen-

to que mandaba la pieza hiciera fuego al Vapor hizo tres disparos y al último contestó el Vapor de una manera que hacía cuatro ó seis disparos por minuto, estuvo haciendo fuego desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde que sin duda se cansó y elevó anclas y se marchó; creimos perecer todos, pero á Dios mil gracias salimos con bien¹⁵. Los comestibles se iban concluyendo, pues sólo quedaban arroz y galletas, gracias que el día 14 de Agosto apareció por la mañana en la Bahía un Vapor con la Bandera de paz y desembarcando el personal que en él venía se presentaron al Comandante Mar. entregándole la orden del General Linares para la Capitulación y enseguida les entregó la Plaza, Armamento y municiones¹⁶; tuvieron que socorrernos con comestibles ó sea arroz, galletas y latas de carne y además un centenar¹⁷ á cada Soldado, si no hubiéramos muerto de hambre, desde este día enarbolaron la bandera americana y fortalecieron la Plaza con ciento cincuenta Soldados Yanquis que desembarcaron¹⁸, teniendo que andar entre ellos hasta el 16 de Septiembre que nos embarcaron en un Vapor americano donde fuimos hasta la Bahía de Caimanera, que estaban esperando dos

Trasatlánticos (sic); nosotros nos trasladamos al Vapor Sn. Ignacio¹⁹; el día 20 llegamos á la Bahía de Puerto Rico y salimos el 21 por la noche, llegando al Puerto de Vigo el día 6 de Octubre por la tarde, desembarcando al día siguiente por la mañana, durante la travesía buen tiempo y buen trato pues comíamos la Comida de primera por venir asistiendo á doscientos cincuenta enfermos que traíamos²⁰; una vez desembarcados esperábamos venir á nuestra Casa enseguida (pero fueron nuestras amarguras) se presentó á por nosotros el Director del Hospital y nos dijo que había orden para no dejar marchar á su casa á ningún Sanitario hasta tanto que terminara la repatriación por los muchos enfermos que venían y la escasez que de estos había para asistirlos, con esta resolución nos pusimos poco menos que desesperados; el día 11 vino una orden del Capitán General para que nos dejaran marchar y en el tren de las 5 de la tarde del mismo día salimos para Madrid, á donde llegamos el día 13 por la noche, al bajarnos del tren estaba en el andén el Gobernador civil Sr. Aguilera²¹, una Comisión de Jefes y Oficiales y los individuos de la Cruz Roja, nos obsequiaron con caldos, pastas y vino generoso; enseguida, en un Coche de las Ambulancias de Sanidad Militar nos condujeron al Cuartel de María



Teniente General D. Arsenio Linares y Pombo
(*La Ilustración Española y Americana* nºXXV, 8-VII-1898)

Cristina, donde dormimos aquella noche y al día siguiente nos dieron el pasaporte; en el tren de las cuatro salí para Toledo y llegué á las 8 de la noche, estuve con mis tíos²² hasta el 18 que monté en el Coche con dirección á mi casa á donde llegué el 19 á las 10 de la mañana encontrándome á toda mi familia bien, que era cuanto yo deseaba”.

NOTAS AL TEXTO DE LAS MEMORIAS

1. Según la Ley de Reclutamiento de 1882, la talla mínima para ser reclutado era de 1,545 metros para el servicio activo y 1,500 para la reserva. La consideración de soldado sorteable implicaba entrar en el sorteo celebrado ante la Caja de reclutas. Sólo una rectificación del dictamen emitido por el Ayuntamiento podía librarlo del mismo (Véase el estudio de A. FEJOO GÓMEZ, *Quintas y protesta social en el siglo XIX*. Madrid, 1996, p. 248).

2. Hasta 1885 el sorteo se realizaba en los pueblos. La ley de Reemplazos de dicho año estipuló concentrar el acto en la cabecera de cada Zona militar, el día siguiente de la entrega de reclutas en Caja, en sesión abierta al público. A ello obedeció la necesidad de centralizar las operaciones del sorteo y evitar las protestas violentas frecuentes en los pueblos, que a menudo derivaban en motines y revueltas. Los Ayuntamientos debían conducir a los reclutas a la capital de la provincia para entregarlos a la Diputación y después a las Cajas. Al final del sorteo las opciones de destino podían ser tres: soldado de Ultramar, soldado para la península y recluta en depósito o condicional.

La frase «...desgraciadamente por siete números me tocó ser Soldado para España», demuestra claramente el rechazo que entre las clases humildes había contra todo lo relacionado con el servicio militar obligatorio, y en particular contra el injusto sistema de quintas. Ingresar en el ejército suponía la ruina para muchas familias, pero también que los nuevos reclutas debían enfrentarse a unas condiciones de vida bastante malas, especialmente quienes debían servir en el ejército de Ultramar, muchos de los cuales no regresaban a sus casas.

La elevada mortalidad, la deficiente alimentación e higiene, lo inadecuado de las vestimentas, los malos tratos y la vida rutinaria de los inhóspitos cuarteles hicieron que en la conciencia popular se forjase la idea de que el servicio militar «...sólo servía para justificar la existencia de la oficialidad y servir a esta oficialidad con todo tipo de tareas que nada tenían que ver con la instrucción militar, a pesar de que la instrucción y los ejercicios puramente militares existían». (FEJOO, op. cit., pp. 287-288).

3. *El IMPARCIAL*. Madrid, 29 de diciembre de 1895, p. 3: «Siendo mayores las necesidades del servicio en los hospitales y enfermerías de Cuba, el general Martínez Campos ha pedido que se le envíe personal del que ya hoy presta servicio sanitario en la Península.

«Como consecuencia de esta petición, ayer se verificó un sorteo en el hospital militar de Madrid para destinar a la isla de Cuba una compañía de sanidad militar que formará parte de la 2ª brigada sanitaria que se encuentra en dicha isla.

«La compañía se compondrá de tres sargentos, ocho cabos, tres sanitarios de 1ª y 87 de 2ª.

«Esta fuerza embarcará en la segunda quincena del mes próximo.

4. Los garbanzos y, sobre todo, las patatas, formaban la base principal de los ranchos cuarteros, combinados en menor medida con otros productos, como arroz, tocino, macarrones y algo de carne. Era una dieta defectuosa, pobre en calorías, muy deficiente en proteínas y nula en aportes vitamínicos al faltar de ella carnes y verduras frescas, huevos, leche o fruta, imprescindibles en una dieta equilibrada.

La inadecuada alimentación, aunque no tan escasa si se compara con los hábitos culinarios de la sociedad española de fin de siglo (especialmente los de las zonas rurales), no contribuía a mejorar la condición física y la salud del soldado. Esta situación se agravaba, como apunta FEJOO (Op. cit., p. 314), en condiciones especiales de campaña, aumentando el riesgo de contraer enfermedades precisamente por las carencias señaladas. Sin embargo, según el mismo autor, el problema alimenticio en el ejército español no debe circunscribirse a la campaña cubana, sino a todo el siglo XIX, ya que, en primer lugar, la comida se financiaba con la misma paga del soldado, excepto el pan, que era gratuito. Además, el ejército disponía para la alimentación de una asignación muy exigua que enseguida se gastaba.

5. Más que la comida, las deficientes condiciones higiénicas de los cuarteles y lugares de concentración eran otro factor que hacía sumamente desagradable el

servicio militar. Los piojos en las camas formaban sólo una parte del problema, a la que debe añadirse el hacinamiento, la mala ventilación, los olores de los aseos provocados por las aguas fecales y el uso continuado de la misma ropa (tanto de cama como de vestimenta) a lo largo de varias generaciones de reclutas.

6. *EL IMPARCIAL*, 29 de febrero de 1896, p. 2: «Cádiz 27 (10 noche). El vapor *Santo Domingo* zarpó esta tarde para Cuba; conduce una escolta de 30 soldados con sargento, un teniente de Infantería de Marina y 552 reclutas voluntarios, entre los cuales están los llegados de la República Argentina y de Orán». Según otras noticias de prensa, iban también 250 soldados de Infantería de Marina y marineros, una banda de música y un cargamento de municiones y material sanitario.

7. *DIARIO DE LA MARINA*. La Habana, 11 de marzo de 1896, p. 3: «Ayer, martes, a las 6 de la tarde, salió de Puerto Rico para ésta el vapor *Santo Domingo*».

8. Según el reglamento alimenticio de la Compañía Transatlántica, aprobado por Real Orden de 18 de enero de 1888, la comida para la tropa era como sigue: desayuno a las 6:30, a base de café con galletas; almuerzo a las nueve de la mañana con arroz y garbanzos con tocino y carne, o habichuelas, patatas y tocino o bacalao con arroz o patatas, galleta y medio cuartillo de vino; a las cuatro de la tarde otro rancho similar; dos ó tres refrescos de limón diarios (FEIJOO, op. cit., p. 335, nota 93). Como puede verse, ranchos abundantes pero que siguen pecando de monótonos y pobres en calorías y otros componentes, amén de no estar muy adecuadamente cocinados, según se desprende de las quejas expresadas en el relato.

9. *DIARIO DE LA MARINA*, 14 de marzo de 1896, p. 5: «Ayer, a las cinco y media de la tarde, fondeó en puerto, procedente de Barcelona, Cádiz y escalas, el vapor-correo nacional *Santo Domingo*, conduciendo a su bordo la correspondencia, carga general y 951 pasajeros». En la misma página, y en otra sección, se dice: «A bordo del vapor-correo nacional *Santo Domingo*, que entró en puerto ayer tarde, han llegado procedentes de la península 835 individuos de tropa y 42 marineros».

Regla es una pequeña población situada al otro lado de la bahía de la Habana, que suele considerarse un barrio más de la capital. Contaba con numerosos muelles para carga y descarga de mercancías y una Escuela de Náutica fundada en 1812.

10. Se refiere a los conocidos sucesos de El Cano, que, contra lo que pudiera pensarse, tuvieron bastante difusión en la prensa de la época, tanto en Cuba como en

la Península. Para la reconstrucción de los hechos nos hemos basado en la información del *DIARIO DE LA MARINA* del día 16 de marzo de 1896 y en el no menos detallado relato que ofrece EMILIO REVERTER DELMAS en su «*Reseña histórica de la insurrección cubana (1895 a 1898)*» (Vol. IV, pp. 282-293).

El incidente tuvo lugar la noche del 14 al 15 de marzo de 1896 en la población de El Cano, cerca de La Habana, entre Marianao y Guajay. Esta localidad estaba defendida por el Batallón de Infantería Cazadores de Llerena nº 11, que hacía pocas semanas había llegado de la Península y a cuyo mando estaba el teniente Antonio Cerezo.

El sábado día 14, por la mañana, se había presentado una partida de insurrectos en una finca cercana a El Cano, incendiando todos los edificios de la misma. El jefe de la partida (un tal Corbo, según las crónicas) envió desde allí un mensaje al teniente Cerezo diciéndole que si no salían al campo, ellos irían por la noche a atacar el pueblo. El jefe del destacamento decidió redoblar la vigilancia en los puntos más estratégicos del pueblo y mandar aviso a la Capitanía General de las intenciones de los rebeldes. La Capitanía dispuso se enviara como refuerzo tres compañías del Batallón de San Quintín, Peninsular, número 7, a las ordenes del teniente coronel Narciso Acosta, que se hallaban en la cercana zona de Punta Brava.

Hacia las ocho y media de la noche, los centinelas apostados en una trinchera sintieron ruido de varias personas, y como la oscuridad les impedía ver, dieron la voz de alto tres veces, las cuales fueron contestadas con el grito de «Orientales de Quintín Banderas». Se desató entonces un intenso tiroteo por espacio de veinte o treinta minutos, al término de los cuales los insurrectos optaron por retirarse, no sin antes incendiar algunos cañaverales.

Sobre las diez y media de la noche, una avanzadilla de San Quintín llegó a la vista de El Cano y, suponiendo por el incendio de la caña que los insurrectos seguían atacando el lugar, se acercaron disparando para arrojarles de sus posiciones. Los de Llerena creyeron hallarse otra vez frente al enemigo y respondieron desde la trinchera con vivas descargas de fusilería.

La fuerza de San Quintín tocó «alto el fuego» con la contraseña del batallón; pero, bien porque no fue oída debido al fragor del combate, bien porque lo considerasen una estratagema de los rebeldes, los de Llerena siguieron disparando. Entonces, el jefe de San Quintín, pensando que se hallaban frente a fuerzas enemigas, mandó abrir fuego. Los infantes intentaron tres cargas a la bayoneta para tomar la trinchera,

siendo rechazados otras tantas. Aumentaba la confusión el hecho de que los soldados de Llerena creyeran de forma equivocada que el grito «¡San Quintín y a ellos!» que lanzaban sus oponentes cuando cargaban, confundido entre el silbido de las balas, ruido de armas y gritos de las tropas, eran vítores a Quintín Banderas, con cuya partida habían peleado aquella tarde, como antes se vio.

No fue hasta cuatro ó seis horas más tarde (las versiones varían al respecto) cuando se deshizo el error. El teniente Acosta sospechó de la tenaz resistencia que se le oponía y de la uniformidad de las descargas, impropias de la forma de luchar de la guerrilla, y mandó suspender el fuego. Un toque de corneta dado en ese momento y ambos batallones se dieron cuenta de lo que sucedía en realidad. Al rayar el alba quedaban tendidos en el campo de batalla doce muertos y treinta y dos heridos de San Quintín, entre ellos un capitán y cuatro tenientes. El teniente Cerezo y los doce ó catorce soldados de Llerena que estaban con él, no sufrieron la más leve herida.

Los heridos fueron trasladados sin pérdida de tiempo a Marianao, donde llegaron a las seis de la mañana del día 15 para ser atendidos de primeros auxilios. Seguidamente se les llevó a La Habana, llegando a las once y media a la estación de Concha. Allí les esperaban las Sanidades de los Bomberos del Comercio, Caballeros Hospitalarios y la del Hospital de San Ambrosio.

Las explicaciones al lamentable incidente son fáciles de deducir: en primer lugar deben buscarse en la bisoñez de las tropas del Batallón de Llerena, que acababan de entrar en combate, y carecían, por tanto, de la veteranía que les sobraba a los de San Quintín (batallón que ya llevaba un año en campaña). Añádase el nerviosismo propio del momento, que les impidió reconocer las voces de mando preceptivas de sus inesperados «visitantes» e hizo confundir una de ellas con aclamaciones a un jefe guerrillero. Nerviosismo, por otro lado, lógico en una pequeña fuerza obligada a enfrentarse a una escurridiza guerrilla que podía atacarlos en cualquier momento de la noche y por cualquier sitio, como ya había hecho aquella misma tarde.

Este incidente no quedó aislado, por desgracia: un par de días después, el 18 de marzo, ocurrió un encuentro de parecidas características entre dos columnas españolas en el sitio de La Esperanza, provincia de Santa Clara, resultando muertos un total de dieciocho hombres y heridos noventa y cinco. Y la paciencia del general Weyler terminó de agotarse, exigiendo la formación de un expediente que aclarase las causas del desastre. Quintín Banderas Betancourt fue uno de los principales

caudillos independentistas cubanos, junto a los Maceo, Martí o Máximo Gómez. Nacido en 1845 y muerto en 1906, era de raza negra y ya había combatido a los españoles durante la Guerra Grande (1868-1878), distinguiéndose por su tenacidad y constancia en mantener los ideales de independencia. A principios de 1895 levantó un pequeño grupo mambí en El Cobre. En marzo del mismo año logra reunirse con la columna de Maceo, y al mes siguiente ya obedecían sus ordenes un millar de hombres de infantería y caballería.

A lo largo de la guerra de Independencia, Banderas y su partida de Orientales sostuvieron frente a los españoles una interminable lista de combates con desigual fortuna. Baste mencionar dos de sus mayores y más audaces éxitos: el paso de las trochas (líneas fortificadas) de Júcaro-Morón y Mariel-Majana: la primera en marzo de 1896 y la segunda en agosto del mismo año.

Pocos años después de acabar la guerra, y movido por su carácter rebelde, volvió a tomar las armas, esta vez contra el gobierno del presidente Tomás Estrada Palma; pero fue emboscado y muerto por fuerzas gubernamentales en agosto de 1906.

11. Baracoa: Villa y municipio de la isla de Cuba, situados en su extremo más suroriental. La ciudad se halla junto a una bahía rodeada de escarpadas montañas que durante muchos años la aislaron del resto de la Isla. Fundada en 1512 por el adelantado Diego Velázquez, fue la primera población española establecida en Cuba y, hasta la fundación de Santiago tres años después, su primera capital.

Lo escarpado del terreno que la rodeaba, hizo de Baracoa y sus alrededores un refugio ideal para piratas, corsarios y contrabandistas durante los siglos XVII y XVIII. En este siglo y el siguiente se emprendieron una serie de obras de fortificación con el objeto de impedir este comercio ilícito. Tres defendían la ciudad a finales del XIX: el Castillo de Seboruco y las Baterías llamadas La Punta y Matachín. La población era un conjunto de casas bajas, de construcción pobre, en la que sólo destacaban un puñado escaso de edificios públicos: los cuarteles, el hospital militar y la iglesia parroquial, además de las defensas mencionadas.

En Baracoa existía un hondo sentir independentista, sobre todo desde su participación en la llamada Guerra Chiquita de 1885. El Partido Autonomista cosechaba desde entonces numerosos éxitos en las elecciones locales y, cuando estalló la insurrección de 1895, numerosos baracoenses se unieron a las filas mambises, distinguiéndose por su disciplina y valor. Más aún, el accidentado litoral que la rodea fue escenario del desembarco de los principales caudillos

independentistas, apoyados desde la costa por la guerrilla: así, en abril de 1895 desembarcaron los hermanos Maceo y días más tarde José Martí y Máximo Gómez, mientras que en agosto y octubre lo hicieron respectivamente Francisco Sánchez Echevarría y Carlos Manuel de Céspedes.

Precisamente, el mismo día que llegó Manuel a Baracoa, hacia la medianoche desembarcó en la cercana playa de Maraví el general Calixto García Iñiguez, con cuarenta hombres y abundante munición y pertrechos de guerra.

12. Descríbese aquí una situación muy corriente entonces en las filas del ejército de Ultramar: el considerable retraso con que la tropa recibía sus haberes, lo que les ponía en frecuentes situaciones de indigencia. MANUEL CORRAL en sus *«Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba»* (P. 20), ya denunciaba un año después del fin de la guerra aquella lamentable situación en estos términos: *«Habíamos llegado todos a acostumbrarnos a no cobrar, y nadie se acordaba de si el batallón tenía o no habilitado. Los pobres soldados habían de valerse de mil artimañas para adquirir un pedazo de jabón con que lavar la ropa, y en muchas ocasiones tuvieron que vender el pan para comprarlo»*.

El mismo autor señala como responsables a los jefes y oficiales, que percibían sus haberes a costa de las sisas practicadas en los de la tropa; pero, sobre todo, a la crisis monetaria que padecía la Isla y a la especulación de los grandes comerciantes, banqueros y almacenistas de La Habana, que durante una buena temporada hicieron grandes negocios a costa de la diferencia entre el valor del papel moneda y el del patrón oro. Añade que pese a las medidas tomadas por Weyler para frenar a los especuladores, no fue hasta el mandato del general Blanco cuando la situación se estabilizó, al decretar la libre cotización del tipo del papel moneda.

13. El gran enemigo del soldado en Cuba, más que todos los problemas anteriormente descritos, fue el vómito negro o fiebre amarilla, el cual causó mayor mortandad incluso que la propia campaña. Si a lo largo de la guerra unos cuatro mil españoles murieron en operaciones bélicas, nada menos que entre 53000 y 59000 perecieron víctimas del vómito y otras enfermedades, y todavía una parte de ellos caerían durante la repatriación. Más escalofrantes resultan las cifras de ingresos hospitalarios a lo largo de la contienda: alrededor de 500000, según las fuentes consultadas. Los hospitales, lejos de ser lugares adecuados para atender a los enfermos, eran auténticos mataderos de reclutas. Amén de presentar unas condiciones higiénicas

nulas en muchos casos, el personal resultaba ser bastante negligente, no faltando quienes dispensaban a los pacientes un trato muy poco humanitario. La alimentación que aquéllos recibían era tan escasa, mala y defectuosa como los ranchos normales, y la escasez o falta absoluta de medicinas y material sanitario estaba a la orden del día.

Con semejante panorama no es de extrañar que cuando en cierta ocasión un periodista preguntó a Máximo Gómez cuáles eran sus mejores generales, él respondió: *«Junio, julio y agosto»*, en alusión a los meses donde más se desarrollaba el vómito.

14. Para entonces, las fuerzas españolas se encontraban claramente a la defensiva en toda Cuba oriental, conservando tan sólo la trocha de Júcaro-Morón, un par de líneas férreas locales y algunas poblaciones costeras, entre ellas Santiago, Guantánamo, Manzanillo, Holguín y Gibara. En la provincia de Baracoa sólo conservaban la ciudad, defendida por unos 200 hombres. En junio, el general Linares reorganizó las fuerzas españolas de Oriente y dotó a Baracoa con una nueva guarnición de 700 soldados, al mando del teniente coronel Feliciano Velarde.

Hasta mediados de 1898, dos regimientos cercaban la ciudad por tierra: el Baracoa, al mando del coronel Tomás Cardosa, y el Maisí, dirigido por el coronel Adriano Galano. A partir de entonces, el grueso de los insurrectos se dirigió a sitiar Santiago de Cuba, quedando en Baracoa el coronel Galano con su tropa. Varios intentos españoles de romper el bloqueo resultaron infructuosos.

15. Describe aquí el bombardeo de Baracoa realizado el 15 de julio de 1898 por el crucero ligero norteamericano «Annapolis». La descripción del suceso que ofrece ERNESTO DE LAS CUEVAS en sus *«Narraciones históricas de Baracoa»* (Vol. II, pp. 206-209), difiere en algunos puntos del relato de Manuel, como se verá a continuación.

Enterada la Armada norteamericana de que una goleta haitiana había entrado en Baracoa con víveres para los sitiados, decidió enviar al «Annapolis» para reforzar el bloqueo por aquella zona de la costa y trabar contacto con los insurrectos.

Desde primeras horas de la mañana del día citado, el «Annapolis» recorría a corta distancia el litoral de Baracoa sin que desde la ciudad nadie se explicara sus verdaderos propósitos. A las cuatro de la tarde (siempre, según el relato de DE LAS CUEVAS) el barco se detuvo frente a la zona llamada Ensenada de Miel, lo que excitó los ánimos de algunos elementos de la comunidad española, que debieron de pedir al Coman-

dante Militar de la plaza, el teniente coronel Velarde, respondiese a lo que ellos consideraban una provocación. Éste ordenó el traslado del único cañón de que se disponía, una culebrina sistema Krupp emplazada en la Batería de la Punta, al fuerte Matachín. Desde allí realizó ocho disparos sin consecuencias para el «Annapolis», cuyo capitán ordenó de inmediato zafarrancho de combate. Hasta setenta y dos disparos llegó a hacer el vapor norteamericano contra las fortalezas, que no sufrieron daño por encontrarse el mar revuelto, lo que hacía muy difícil afinar la puntería. No obstante, algunas casas de la población fueron alcanzadas, sin que sufrieran daños graves.

Terminado el bombardeo, el «Annapolis» levó anclas hacia una bahía cercana, donde trabó contacto con los insurrectos y les informó, entre otras cosas, del desastre sufrido por la escuadra del almirante Cervera frente a Santiago de Cuba el día 3.

El «Annapolis», botado en 1897, era un crucero de unas 1100 toneladas de peso perteneciente a la misma serie que sus compañeros de bloqueo, «Vicksburg», «Newport» y «Princeton». Podía desarrollar una velocidad de 11 a 13 nudos y estaba equipado con seis cañones de 102 mm. y otros seis cañones ligeros. Sirvió en el bloqueo de La Habana y pocos días después de su incursión en Baracoa, sostuvo en unión del «Topeka», el «Wasp» y el «Leyden» el combate de Bahía Nipe, echando a pique al vetusto cañonero español «Jorge Juan». Finalmente, participó en el desembarco del general Miles en Puerto Rico y sobrevivió hasta 1950, año en que fue desguazado.

16. ERNESTO DE LAS CUEVAS (Op. cit., Vol. II, p. 210), que sitúa la fecha del acontecimiento el 11 de agosto, dice que a bordo del vapor «San Juan» llegó una comisión presidida por un oficial español y otro norteamericano, los cuales presentaron al comandante Velarde el convenio para la capitulación de la plaza de Santiago de Cuba y su territorio militar, firmado en realidad por el general José Toral, comandante en funciones de las tropas sitiadas en Santiago, en sustitución del general Linares, convaliente desde el 1 de julio de una herida en el brazo sufrida durante el famoso combate de la colina San Juan. Esta circunstancia no podía conocerla Manuel, pues, como ya se dijo, el bloqueo por tierra y mar tenía a Baracoa totalmente incomunicada con el resto de la Isla.

Arsenio Linares Pombo (1848-1914) comenzó muy joven su carrera militar. Participó en la Primera Guerra de Cuba y en la Tercera Guerra Carlista. En 1895 regresa a Cuba y se le confía el mando de la brigada que debía operar en la provincia de Santiago, batiendo a los rebeldes en varias ocasiones. En 1897 se le

encarga organizar la defensa de Santiago ante la posibilidad de una guerra con Estados Unidos. Al acabar ésta, ocupó diversos cargos militares, entre ellos el de Director General de la Guardia Civil, Capitán General de Aragón, Norte y Cataluña y fue en tres ocasiones Ministro de la Guerra.

17. En el «San Juan» llegó también una sección de la Cruz Roja provista de numerosos víveres, ropas y medicinas. Dicha sección estaba a cargo de José Tur y Tur, un insurrecto, vecino de Baracoa, quien además comunicó a los rebeldes que sitiaban la plaza la noticia de la rendición de Santiago y todo su distrito militar.

El centén era una moneda de oro equivalente a cinco pesos duros de plata, aproximadamente unas 25 pesetas.

18. En la segunda quincena del mes de agosto, a bordo del «San Juan», desembarcaron las fuerzas de ocupación del ejército americano, al mando de un tal coronel Weilly (o Wylly, según DE LAS CUEVAS), trayendo consigo nuevo cargamento de víveres, ropas y medicinas para los más necesitados. El mismo día, el coronel Velarde le hizo entrega de la Comandancia Militar. En todo momento el trato entre españoles y yanquis fue correcto, no dándose ningún tipo de incidente entre soldados de ambos ejércitos.

Con los insurrectos fue distinto. De principio, no se les permitió la entrada en Baracoa hasta la evacuación de los españoles, por lo que hubo escasos, aunque cordiales, contactos. De la actitud de los americanos con quienes habían sido sus aliados, baste este testimonio de otro veterano de la guerra: *«Si incidentalmente se les hablaba de los insurrectos, diciéndoles que eran sus amigos y aliados, respondían despreciativamente calificándolos de canallas, cobardes y bandidos, de gente más hábil y diestra en el robo que en la guerra.»* (CORRAL, op. cit., p. 232).

19. En realidad Manuel no se embarcó en el «San Ignacio», sino en el «San Francisco». Este sí llegó al puerto de Vigo en la fecha señalada más adelante, mientras que el primero había fondeado en La Coruña el 18 de septiembre, según noticias de prensa. En aquel tiempo la travesía del Atlántico llevaba entre diez y quince días de singladura sólo para el viaje de ida, sin contar lo que se tardaba en desembarcar a los repatriados, sanear y poner en cuarentena el barco y acondicionarlo para un nuevo viaje.

La bahía o ensenada de Caimanera era una zona de la bahía de Guantánamo, frente a la desembocadura del río Guaso, con un pequeño barrio y puerto de embarque. A principios de siglo tenía casi mil habitantes.

20. La prensa de aquellos días señala que el «San Francisco» llegó a Vigo un día antes, el 5, por la tarde, procedente de Santiago de Cuba, Guantánamo y Puerto Rico. Llevaba 1344 pasajeros: 600 hombres del Batallón de Córdoba nº 10 embarcados en Guantánamo y 700 Voluntarios del Principado de Asturias embarcados en Puerto Rico. Conducía 120 enfermos, algunos de ellos en grave estado, que fueron los primeros en desembarcar al día siguiente.

El resto de los repatriados, entre ellos Manuel, tocaron tierra el día 7. Un periódico local, *EL FARO DE VIGO*, se hacía eco del acontecimiento en su edición del día siguiente: «A primera hora de la mañana de ayer, se mandó al costado del vapor San Francisco las gabarras necesarias para trasladar a tierra las fuerzas que el buque condujo de Guantánamo y Puerto Rico.

«Según las ordenes recibidas a bordo y enviadas por el gobernador militar general Núñez Lucio, empezó el desembarco por el batallón de Córdoba.

«A las once llegó al muelle este batallón, que desembarcó sin inconveniente alguno.

Suponemos que Manuel estaba encuadrado en las filas de dicho batallón porque al frente del mismo venía repatriado el coronel Feliciano Velarde, ex-jefe de la guarnición de Baracoa.

21. Nueva posible confusión de fechas: si Manuel dice

que llegó el día 13 por la noche, muy seguramente tomó el llamado «tren gallego», que, en efecto, llegaba a las 21:20. Pero, según la prensa, aquel día y en ese tren vinieron a Madrid dos soldados, y ambos fueron trasladados al hospital de Carabanchel. Tampoco pudo llegar el 12, puesto que en el mismo tren viajaban un marino (que pasó al Ministerio de Marina) y un soldado (que pasó al hospital del Buen Suceso). Lo más probable es que llegase en el tren del día 11, que traía seis soldados, de los cuales cuatro pasaron al Hospital Militar y el resto al Cuartel de María Cristina. Además, y siempre según dichas noticias, ese día el gobernador civil de Madrid, Alberto Aguilera, recibió a los repatriados, de lo que no hay constancia en los días siguientes. Aunque ello no significa en principio que no hiciese acto de presencia, tampoco resultaría extraño: muchos repatriados no fueron acogidos por autoridad alguna, ni civil, ni militar, cosa que se denunció desde los periódicos con franca indignación.

Alberto Aguilera y Velasco (1842-1913), fue uno de los más destacados políticos de su tiempo. Perteneciente al Partido Liberal, fue senador, ministro de la Gobernación en 1894 y tres veces alcalde de Madrid entre 1901 y 1910, puesto donde dio sobradas muestras de eficacia.

22. Posiblemente dichos tíos fueran hermanos de la madre de Manuel, ya que parece ser que ésta era natural de Toledo.

BIBLIOGRAFÍA

- BARÓN FERNÁNDEZ, JOSÉ, *La guerra hispano-norteamericana de 1898*. La Coruña, Ediciós do Castro, 1993.
- CASTRO, JOSE IGNACIO, *Baracoa. Apuntes para su historia*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977.
- COLLAZO, ENRIQUE, *Los americanos en Cuba*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972.
- CORRAL, MANUEL, *¡El Desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*. Barcelona, 1899.
- DE LAS CUEVAS, ERNESTO, *Narraciones históricas de Baracoa*. Baracoa, 1919.
- DYAL, DONALD H., *Historical Dictionary of the Spanish American War*. Londres, Greenwood Press, 1996.
- DIEZ PÉREZ, AGUSTÍN, *Historia de Torrecilla de la Jara, Retamoso y La Fresneda*. (Inédito).
- FEIJOO GÓMEZ, ALBINO, *Quintas y protesta social en el siglo XIX*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.
- GÓMEZ, FERNANDO, *La insurrección por dentro. Apuntes para la Historia*. La Habana, 1897.
- MARTÍNEZ ARANGO, FELIPE, *Cronología crítica de la guerra hispano-cubanoamericana*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973.
- MIRO ARGENTER, JOSÉ, *Cuba. Crónicas de la guerra*. La Habana, 1970.
- REVERTER DELMÁS, EMILIO, *Reseña histórica de la insurrección cubana (1895 a 1898)*. Barcelona, 1899.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, AGUSTÍN R., *La guerra del 98. Las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. Madrid, Aguilar, 1998.
- V.V.A.A., *La Enciclopedia de Cuba*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973.
- V.V.A.A., *España, fin de siglo. 1898*. Barcelona, Fundación «La Caixa», 1997.